

Un hermano y un sobrino nuestro (1) tuvieron la alegría de compartir dos días la hospitalidad del bello castillo de Lacombe y de ser testigos de estas suaves escenas de la familia cristiana que tanto calientan y emocionan el corazón. El último día de su permanencia fueron invitados por Mr. Dubois á sellar dignamente su amistad comulgando juntos con toda la familia en la piadosa capilla del castillo, en la cual se reunían todos diariamente por la mañana y en la noche.

Cuatro días después, ¡ay! la muerte llamaba á las puertas de aquella dichosa familia para sumerjirla en el más profundo dolor. En la mañana, una fuerte opresión en la región del corazón hizo comprender la gravedad del caso: el respetable anciano no hablaba; pero estaba en su perfecto sentido y conocimiento, y el abate Dadolle, profesor de la Universidad Católica de Lyon, pudo administrarle la absolución y la indulgencia plenaria; y su virtuosa hija, deshecha en llanto, pero llena de fortaleza, le decía: —«muy pronto volveréis á encontrar allá arriba á los que os han precedido..... Volveréis á ver á Monseñor..... Esta fué la última palabra que oyó, y espiró. Su hija sin duda se refería á sus amados amigos que le habían precedido en el camino de la verdadera vida, y sobre todo, á Monseñor Dupanloup con quien estuvo ligado por los vínculos más estrechos del entrañable cariño y fidelidad que arraiga la amistad cristiana.

Nosotros que nos gloriamos de ser los últimos y más humildes admiradores de la escuela de Mon-

(1) D. Audomaro Molina y D. José T. Molina Avila.

señor Dupanloup, no podemos menos que consagrar un recuerdo sincero al último hombre de esa falange de nobles y generosos católicos que consagraron su vida á la gloria y servicio del catolicismo. En nuestro propio nombre, y en nombre de los admiradores de sus obras (que también existen en este rincón del mundo,) depositamos sobre su tumba un recuerdo y dirigimos al cielo una plegaria. Al mismo tiempo, desde este nuestro lejano país enviamos á la honorable familia del finado, y especialmente á su amable y virtuosa hija, el más sentido pésame, y las expresiones más calorosas de simpatía en medio de su honda tribulación.

### Los católicos en Norte América.

Agosto 10 de 1890.

Un eminente escritor y orador elocuente, el Vizconde De Meaux, visitó en el año pasado la gran República, haciendo observaciones que son verdaderas lecciones dignas de meditarse, especialmente en los pueblos que, como Mexico, llevan unidas creencias muy arraigadas, instituciones democráticas, y tradiciones republicanas: son ejemplos dignos de nuestra imitación, y por esto nos complacemos en ponerlos á la vista de nuestros lectores.

Los católicos americanos tanto seculares, como eclesiásticos, se distinguen especialmente por el amor á su país y á sus instituciones, y no pierden ocasión de manifestarlo con sus hechos y palabras. Prueba de esto es el arzobispo de Filadelfia, que en un discurso notable por sus grandes y nobles ideas,

dran ni los ardores abrumadores del clima, ni las crueldades que contra ellos ejercen los árabes esclavistas, ni las molestias de viajes por terrenos incultos y sin caminos. Según narraciones oculares que tenemos á la vista, á veces han tenido que tardar en el camino un año entero, y esto atravesando á pié infectos é inmensos pantanos formados por las lluvias que hacen salir de madre á los ríos é inundan las frondosas selvas por las cuales á veces ni los rayos del sol atraviesan. Allí en esas ciénagas sin término envenenan su sangre con miasmas deletéreos que los matan de fiebres malignas, ó bien son molestados constantemente por picaduras de ciertas moscas que los indígenas llaman *tzetzé*.

Y si sólo tuvieran que luchar con las inclemencias del clima y de los elementos, pudieran encontrar algún consuelo estos mártires de la civilización; pero además tienen que sobrellevar los tributos onerosos que les exigen los reyezuelos esparcidos por el territorio y los ataques periódicos de los árabes esclavistas que provistos de ejércitos numerosos van merodeando por todo el país, sitiando las poblaciones hasta reducirlas al cautiverio para convertirlas en esclavos.

El daño que hacen los árabes esclavistas en los habitantes de las Misiones es tan inícuo, que los «Padres Blancos» se han visto obligados á organizar la defensa de los neófitos, constituyendo cuerpos de ejército dirigidos y mandados por valientes y animosos jóvenes europeos que se han prestado animados por un espíritu de fe, á acompañar á los misioneros para representar en las nuevas sociedades cristianas nacientes el papel que los Caballeros de

Malta representaron en la Edad Media en las luchas con los mahometanos.

Merced á todos estos trabajos, ya el interior de Africa está sembrado de varios centros cristianos cuya influencia se va desarrollando y extendiendo cada día.

Muchos misioneros han muerto, ya sacrificados por los árabes, ya martirizados por los reyes paganos del país, ó presa de la fiebre. De esta última manera falleció con grande edificación un joven sacerdote, jefe de la misión de Tangamjica á donde se dirigía cuando le sorprendió la muerte. Sus últimos momentos están pintados de un modo muy palpitante en una carta de pésame dirigida á su madre, y que tenemos á la vista. Dice así: «Su agonía fué dulce: extendido sobre una estera, bajo su tienda de campaña, en el bosque, parecía que se preparaba para dormir; y en efecto, se durmió en el sueño de la paz, con la calma y la alegría de un santo, ofreciendo su vida con trasportes de caridad por la misión que tanto amaba.

«En el mismo lugar donde murió, se celebraron los funerales de vuestro hijo, Señora; sus nueve compañeros rodeaban su cadáver cantando el oficio de difuntos. Allí mismo se celebró también el santo sacrificio por este apóstol, y aun, me atrevo á decir, por este mártir del Africa Ecuatorial.

«Una cruz señala el lugar donde yacen sus preciosos restos, y los otros misioneros, cuando quieren templar su alma con el espíritu de sacrificio y abnegación que necesitan para no desfallecer, van á visitar esa tumba solitaria en medio de la floresta.»

La vista y consideración de estos heroicos tra-

bajos de los misioneros debe hacernos reflexionar, y, bajando al fondo de nuestra alma, examinar cuáles son las obras de beneficencia que hacemos cada día para cumplir con el deber de misericordia y piedad que el evangelio nos predica; pero sobre todo, debemos investigar de qué manera contribuimos á esa portentosa obra de la propagación de la fe, cuyos ramos se extienden por todos los ámbitos del mundo. Los misioneros jóvenes y todavía en el albor de la vida, con esperanzas de un risueño porvenir en su patria, á veces viviendo entre las comodidades y bienestar de la familia, abandonan todo lo que agrada al corazón humano y corren á lejanas tierras en busca de penalidades, de sacrificios, de molestias, de la muerte misma, únicamente para aliviar la condición de hombres infelices que ignoran los goces puros de la civilización cristiana y que están privados de las esperanzas de la vida inmortal; y mientras que esos misioneros padecen el hambre, la sed y la fiebre, apelan á los católicos de todo el mundo para que les envíen recursos con que extiendan el círculo de sus ideas salvadoras.

Hay una institución encargada de recoger donativos para estos misioneros, y se llama la Propagación de la Fe. Tiene un corresponsal en nuestra ciudad; se contribuye con una ofrenda bien mezquina en el fondo, y mucho más si se considera la grandeza de la obra para que se destina: la ofrenda es de cinco reales cada año ó bien de cinco centavos cada mes. ¿Por qué no suscribimos á esta obra tan benéfica? Cada individuo, ó por lo menos cada familia, debiera inscribir su nombre en la lista

de la Propagación de la Fe, y pagar puntualmente la suscripción mensual ó anual.

Cuéntase de un emperador romano que no quería nunca entregarse al reposo sin haber hecho siquiera una acción buena en el día.

Si no podemos imitar este bello modelo, acaso sí podamos al ménos, cerrar el año con una buena acción, y la Propagación de la Fe nos brinda un medio seguro de hacer esta buena acción. Cuidemos de suscribirnos desde luego á la Obra de la Propagación de la Fe, y luego, de llevar exactamente el día último del año sesenta y dos centavos al corresponsal de la Obra, y de seguro no se pasará ningún año sin que contemos con una obra de beneficencia muy meritoria y civilizadora, pues que tiene por objeto contribuir á ilustrar en la fe y á sacar de una situación de vilipendio á millones de hombres, hermanos nuestros, dignos de nuestros sentimientos de fraternidad.

### **La ley del respeto.**

Diciembre 15 de 1889.

Con razón dijo Guizot que el catolicismo es la más grande, más santa escuela del respeto que el mundo ha visto. El Ilmo. Sr. Obispo de Tabasco D. Perfecto Amézquita acaba de añadir una prueba más de tan bellas como justas palabras del gran orador francés, con la increpación que ha dirigido á la prensa que, en San Juan Bautista de Tabasco, olvidada sus deberes de ilustrar y moralizar.

Es el caso que algunos escritores públicos de

ha reivindicado para los católicos su sinceridad patriótica y adhesión á la constitución americana, haciendo notar que el progreso del catolicismo en su país se debe en primer lugar á Dios y á sus ministros, y luego á las instituciones libres de los Estados Unidos, bajo cuyo régimen la Iglesia ha podido emplear todas las virtudes y todas las facultades naturales del hombre en la defensa de las virtudes sobrenaturales. En un arrebato de patriotismo, el Ilustre Arzobispo llegó á mostrar una afinidad misteriosa entre la democracia cosmopolita de los Estados Unidos que se asimila las razas más diversas, emancipándolas, y la Iglesia Católica llamando á todos los hombres sin distinción de origen á la libertad é igualdad de los hijos de Dios.

El Arzobispo de Saint Paul, en otro discurso igualmente notable dice: «Amemos á nuestro siglo y preparemos el que se aproxima. Amemos nuestro siglo, puesto que es el tiempo que Dios nos da para trabajar. A través de sus agitaciones sepamos discernir sus tendencias: aspira á la luz, á la libertad, á la fraternidad entre los hombres. Cuando buscando el objeto de su tendencia, ha extraviado sus caminos, la Iglesia ha condenado sus extravíos; pero á la Iglesia corresponde también darle la mano para cumplir sus destinos, salir al encuentro del pueblo, enseñar al capital sus deberes para con el trabajo, dar una satisfacción legítima á las necesidades y sentimientos populares.»

El lenguaje de los seglares se asemeja al de los obispos: unos y otros no cuentan sino con la libertad y el derecho común para extender su culto: su iglesia se ha engrandecido á la par de su patria: el

desarrollo de ambas les parece maravilloso, y por esto es que cristianos y ciudadanos, en nombre de su fe y patriotismo, proclaman las instituciones de los Estados Unidos como las mejores de los tiempos modernos, y en este respecto no hay diferencia de acento ni de lenguaje entre sacerdotes y seculares: todos hacen especial ostentación de sus sentimientos más sinceros de lealtad republicana.

Si esto es así en el terreno patriótico, no lo es en el terreno puramente político, en el cual una diferencia bien marcada de conducta se diseña. Los seglares se alistan ora en las filas del partido republicano que tiende á ampliar las atribuciones del Gobierno Federal, ora en los cuadros del partido demócrata que sostiene la soberanía de los Estados, y ataca toda disminución de sus derechos. Los sacerdotes y obispos, al contrario, evitan cuidadosamente mezclarse en los partidos, en las luchas electorales y en las contiendas puramente políticas, si bien están siempre listos para asegurar la justicia y la paz social, ó para mejorar la condición de los trabajadores.

Y estos católicos que así llevan á la vida pública tantas honrosas virtudes, son modelos en la vida privada y en las prácticas religiosas. Allí se ve la iglesia y la escuela llenas; los sacramentos frecuentados; el culto asiduamente practicado. En 1789 eran cuarenta mil católicos; ahora son diez millones. En 1789 tenían un obispo y treinta sacerdotes; hoy tienen ochenta y cuatro obispos, ocho mil sacerdotes y diez mil templos. Tienen escuelas parroquiales dirigidas por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, asilos de huérfanos, patronatos de

aprendices, asociaciones de caridad, de auxilios mutuos y de pura devoción; sociedades de temperancia y una célebre sociedad de seguros sobre la vida llamada «Catholic benevolent legion» que está esparcida por todos los Estados de la Unión. Sólo en Nueva York hay cuarenta y nueve conferencias de San Vicente de Paul que socorren anualmente cinco mil familias, y hay varios hospitales y asilos; pero especialmente son de notarse cuatro establecimientos que los católicos con solo donativos sostienen en New York á saber: la Caja de Ahorros establecida para salvar las economías de los pobres, y que en un solo año ha recibido en pequeños depósitos treinta y dos millones de pesos, y ha pagado un millón de réditos á sesenta mil depositantes; un Hospicio de Expositos que sirve á la vez de casa de maternidad y de refugio para las madres pobres que dejan allí á sus hijos al cuidado de las hermanas, y vuelven diariamente á alimentarlos; en veinte años este útil establecimiento ha salvado veinte mil niños y más de cinco mil madres; el Protectory donde se recoge á los muchachos vagabundos, á los menores incorregibles, á los pequeños criminales que la policía ó los tribunales le confían, y en sus talleres vastos y variados, los transforman en obreros modelos: mil quinientos treinta muchachos y setecientos treinta y cinco muchachas crecen en medio de un bello parque, en donde se respira un aire saludable; y en dos casas contiguas dirigidas por religiosos y religiosas; en fin, la Misión de la Virgen Inmaculada para la protección de niños abandonados, recoge á los que son víctimas, no del vicio, sino solamente de la miseria, los abraza, los envía al campo á fortificarse el

cuerpo y el alma; luego los coloca como aprendices en los mejores talleres, los patrocina y les ofrece en el centro de New York una casa de familia donde habitan, y á donde regresan todos los días después del trabajo: un sacerdote irlandés abrió este asilo, y otro sacerdote irlandés lo dirige actualmente, y no tiene más recursos para sostenerse que las limosnas de cada día: tiene ahora á su cargo mil trescientos sesenta y tres pupilos.

Para conservar de un extremo á otro de la Unión esta vida cristiana y caritativa, las vocaciones religiosas se propagan, y todos los institutos religiosos viven con la mayor libertad. Allí se encuentran benedictinos, trapenses, dominicos, franciscanos, jesuitas, sulpicianos, redentoristas. En medio de esa sociedad estrepitosa, y en medio del torbellino de los negocios, se levantan claustros en donde oran y se mortifican los carmelitas. Las Ursulinas, las Damas del Sagrado Corazón, las Hermanas de la Caridad, educan á las niñas: las hermanas del Buen Pastor amparan á las cortesanías arrepentidas.

Esos son los frutos que da la Iglesia Católica en los Estados Unidos, en todo el vigor y belleza de la juventud. En medio de un pueblo que crece cada día en número, en riqueza y en fuerza, no cesa tampoco de crecer ella misma. Ella misma sabe lo que le falta, y trabaja en adquirirlo: combate todos los vicios del pueblo y saca partido de todas sus virtudes; la Iglesia Católica de los Estados Unidos no conoce el cansancio ni el desaliento. Con razón el Padre Fidelis, pasionista, refiriéndose á la Iglesia, en un discurso pronunciado en Baltimore últimamen-

te, decía: «¿Qué os parece de la esposa del Cristo? ¿Tiene la cara arrugada, doblada la espalda, el paso vacilante? ¿Lleva adornos enmohecidos y vestidos carcomidos por gusanos? ¿Os parece que teme fiarse á nuestra civilización moderna? La Iglesia Católica no cambia nunca ni de carácter, ni de misión, ni de doctrina, ni de gobierno, porque estas cosas son de Dios; pero cambia de vestido, de aire, de equipaje, según las razas y los pueblos. De la misma manera que la Iglesia de la Edad Media tenía sus diferencias respecto de la Iglesia de los santos Padres, así se ha hecho americana, sin cesar un instante de ser católica, y trayéndonos lo que le pertenece en propiedad, ha vivificado y ennoblecido nuestro carácter nacional.»

### Por el Africa.

Noviembre 9 de 1890.

El siglo XVI se señaló en la Historia de la Humanidad por el descubrimiento de la América que hasta hoy ha quedado como el acontecimiento más memorable de aquella época de grandes proezas. Los últimos lustros de nuestro siglo se señalarán también por otro suceso no menos notable: el descubrimiento de Africa. Sorpresa será para nuestros lectores oír en pleno siglo XIX que se trata todavía del descubrimiento del Africa. ¿Cómo pues? Este continente, ¿no era conocido desde la más remota antigüedad? ¿No en sus playas se desarrolló la cultura cartaginesa? ¿No sus ardientes arenas fueron testigos de la lucha gigantesca en que tan

mal parada salió la fe púnica? Así es en verdad, pero, á pesar de ello, en más de veinte siglos que han pasado, el Africa ha permanecido desconocida, y al presente es cuando se ha empezado á comprender que en lo interior de este continente hay todo un nuevo mundo que seduce la imaginación con sus fértiles llanuras, sus grandes montañas, sus misteriosas florestas, sus lagos como mares, sus ríos poderosos y de impetuosa corriente.

Hasta hace poco se tenía una idea muy inexacta del Africa, á la cual nos imaginábamos como una comarca estéril, despoblada y salvaje, en que si las costas eran apenas habitables, el interior debía ser un sepulcro seguro. Los viajes y exploraciones de viajeros intrépidos y de misioneros abnegados nos han venido á revelar la existencia de poblaciones tan numerosas y extensas como las más célebres de Europa y América, de riquezas no explotadas y que esperan la mano del hombre civilizado para convertirse en fuentes inagotables de producción.

En una palabra, un continente nuevo se ha ofrecido á la ambición de los hombres emprendedores y poderosos, con sus recursos inmensos y no explotados.

Hé aquí por qué se han suscitado en estos últimos años respecto del Africa las mismas competencias y rivalidades internacionales que dieron lugar á tantas luchas sangrientas cuando el descubrimiento de la América. Lo mismo que entonces las cancellerías se cruzaron reclamaciones, los gobiernos han fruncido el ceño, han brotado amenazas, se ha llegado á punto de encender la guerra por disputas de posesión ó de influencia en el territorio africano:

se han celebrado congresos, y por último las naciones han acabado por hacer lo que Alejandro VI hizo para evitar los episodios de una lucha sangrienta.

Como este Papa señaló, cual árbitro internacional, los límites á las empresas colonizadoras de España y Portugal, así las naciones modernas reunidas en Congreso se han marcado recíprocamente límites para su poder é influencia en el territorio africano, dividiéndose entre sí el continente para el trabajo de civilizarlo.

Pero antes que los gobiernos europeos y anticipándose á sus propósitos, la Iglesia Católica había fijado su atención en el continente africano, ideando los medios más prácticos de hacer entrar á su numerosa población en las vías de la civilización cristiana, librándola de las inícuas plagas que la embrutecen y la arruinan: la esclavitud y el paganismo.

El mahometismo fué una desgracia terrible para el Africa porque arraigó como institución social la esclavitud, y además, porque convirtió á todo el país africano en fuente productora de esclavos y de eunucos para los serrallos y las casas de todos los mahometanos poderosos y ricos del Asia. Así es que no solamente se ha encontrado en Africa la esclavitud como institución social indígena, sino que periódicamente todos los años sufre una invasión de árabes mahometanos esclavistas que entran á sangre y saqueo en las poblaciones, para reducir al cautiverio niños y mujeres y luego venderlos como esclavos en los mercados musulmanes. Y en estas luchas no sólo hay que lamentar la muerte de los innumerables habitantes sacrificados por el hierro

musulmán, sino también el sinnúmero de víctimas de los malos tratamientos infligidos á los cautivos al trasportarlos al mercado.

Y si es triste la condición de los negros africanos por los sufrimientos de la esclavitud, no lo es menos por la carencia de religión, pues en su generalidad apenas conservan ligeras nociones de lo sobrenatural.

Era una necesidad, pues, que la Iglesia tomase parte activa en la redención de estos desgraciados, y ya desde el siglo pasado misiones numerosas se habían establecido en todo el litoral de Africa. Revelada la existencia de poblaciones inmensas en el interior, en lo que se llama Africa ecuatorial, fué una necesidad enviar falanges de intrépidos misioneros que las evangelizasen.

Pío IX primero, y León XIII después, se han ocupado con empeño en esta obra, y al fin fué escogida para realizarla la Congregación llamada de los «Padres Blancos,» institución nueva y llena de vida que se debe á la fecunda iniciativa y activo celo del Cardenal Lavigerie, cuyos trabajos para la abolición de la esclavitud admiran al mundo entero. Esta congregación tiene por objeto evangelizar las regiones más incultas y salvajes del Africa, y es tal el espíritu de sacrificio y caridad que anima á sus miembros, que para quitar todo obstáculo á sus tareas no sólo aprenden los idiomas africanos, sino que abandonan los vestidos y alimentos europeos, se visten como los negros y se alimentan como ellos. Estos generosos misioneros han penetrado al interior del Africa por todas partes, con la cruz en la mano y con el corazón lleno de fe y de caridad: no les arre-